

Miércoles 14-45 - Barzo - Primer artículo después de las
Maza 14-1945 *vacaciones*
Palomas en la cordillera

A las siete y media de la mañana sacamos de la jaula a una de las palomas, le amarramos al anillo el mensaje que ha de llevar y la soltamos. En contra de lo supuesto, la avecilla no emprende inmediatamente el vuelo: da un corto y torpe volido y se posa en el suelo, casi a nuestros pies. La rodeamos, observándola. ¡qué extraño resulta verla ahí, a más de dos mil metros de altura, rodeada de enormes rocas y de esos raros árboles de las quebradas cordilleranas, los lunos, que parecen estar secándose y floreciendo al mismo tiempo! El color y la suavidad de su plumaje, sus formas -- sobre todo el nacimiento de las alas --, su impresión de dulzura, producen ahí, en la zona en que termina la vegetación y empieza el reinado de la piedra, una sensación en que se mezclan la alegría y el temor: alegría de contemplarla, temor de que pueda ser herida o despedazada en ese medio extraño y hostil a ella. U C

La paloma, mientras tanto, alisa sus alas, se sacude y mira hacia un lado y otro, doblando la cabecita. Parece no mirar el paisaje sino el cielo. De pronto parte, pero parte de una vez, como una piedra. Damos un grito: ¡ha partido hacia el lado que esperábamos! La seguimos con la vista durante unos segundos: vuela por el centro de la quebrada, a la misma altura, sin desviarse ni una sola vez, sin una sola vacilación. Desaparece y entonces, inconscientemente, escrutamos el cielo con nuestras miradas, temerosos de que alguna ave de altura, muy abundantes por allí, se lance en pos de nuestra mensajera; pero en el límpido y frío cielo cordillerano no se ve ave alguna. Tranquilizados, volvemos a nuestra fogatas y seguimos preparando el desayuno.

Hemos pasado una noche desagradable, heladísima, durmiendo sólo a ratos sobre el duro e irregular suelo y casi encaramados sobre la hoguera. Estamos como desafinados. La partida de la paloma mensajera nos reconforta y eleva nuestro tono: nos parece que ella, al llevar nuestro mensaje,

nos une, con su vuelo y su graciosa presencia, a la tibieza de nuestros hogares y al afecto de lo que, allá abajo, esperan nuestras noticias.

Tomamos desayuno, arreglamos las mochilas y partimos por el Estero de El Coipo hacia las cumbres de los cerros Carretón y Papagayo. Vamos re---suelos y confiados: todavía nos queda una paloma/.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©